

Muerte y vida de un reconocimiento étnico. La paradoja de Súmate.

Death and life of an ethnic recognition. The paradox of Súmate.

REBUT: 29-3-2019 // ACCEPTAT: 9-5-2019

Mikel Aramburu

Universitat de Barcelona

Abstract

Si hasta hace poco la etnicidad de los castellanohablantes en Catalunya parecía cosa del pasado, debido principalmente a un consenso operativo entre las principales fuerzas políticas y sociales que prescribía la indistinción entre catalanohablantes y castellanohablantes en la esfera pública, el proceso independentista parece haber alterado el campo del reconocimiento. En este artículo no trato tanto de la fragmentación étnica evidenciada por el *procés*, sino de cómo el independentismo ha elaborado una estrategia de atracción de los castellanohablantes de clase obrera que pasa por su reconocimiento en términos étnicos. El caso de la asociación Súmate muestra cómo se interpela y se intenta movilizar a un público identificado por su origen foráneo. El efecto que esto tiene sobre cómo la sociedad catalana está siendo reimaginada es ambiguo. Si por un lado, puede conducir a un proceso de difuminación de fronteras, reforzando el reconociendo de la lengua castellana y los orígenes migratorios como parte integrante de la catalanidad, por otro también legitima un reconocimiento que otros actores políticos pueden movilizar para proyectos políticos opuestos.

Palabras clave: reconocimiento étnico, indistinción étnica, nacionalismo, Catalunya

Abstract

The ethnicity of the Castilian speakers in Catalonia seemed left behind by a working consensus among the main political and social forces that prescribed the indistinction between Catalan and Castilian speakers in the public sphere. However, the current independence process seems to have altered the field of ethnic recognition. In this article, I do not deal so much with the ethnic fragmentation evidenced by the *procés*, but with how the independence movement has put forth a strategy for attracting working class Castilian speakers implying an ethnic recognition. The case of Súmate association shows an attempt to interpellate and mobilize an audience identified by its foreign origin. The effect this has on how Catalan society is being reimagined is ambiguous. If on the one hand this can lead to reinforce the recognition of the Castilian language and migratory origins as an integral part of Catalanness, on the other it also legitimizes an ethnicity that other political actors can mobilize for opposing political projects.

Key words: ethnic recognition, ethnic indistinction, nationalism, Catalonia.

Aquest consumidor poc o gens identitari és fàcilment manipulable. No ens haurà d'estranyar, doncs, que en els propers anys visquem una autèntica guerra comercial entre les dues marques (Catalunya i Espanya) per endurse'l definitivament. És probable, a més, que aquí hi hagi la clau de la victòria o de la derrota. Ja sabeu de qui parlo (...) Solen ser castellanoparlants però no són especialment bel·ligerants amb la cultura catalana (...) Solen ser immigrants d'origen espanyol de primera, segona o tercera generació que han viscut desconnectats de la realitat catalana”

(Albert Castellón 2013, *Catalonia, next brand in Europe*, Barcelona, Ara llibres, p. 135).

Introducción

El movimiento independentista en Catalunya comenzó a crecer lentamente con la tortuosa negociación del Estatuto de Autonomía de 2006, pero fue a partir de la segunda recesión económica y el regreso del Partido Popular al gobierno de España en 2012, cuando el apoyo a la independencia se disparó. Con todo, el aumento del independentismo no ha sido socialmente homogéneo. Las encuestas de opinión señalan que el apoyo a la independencia varía sustancialmente en función de la lengua hablada habitualmente, el origen territorial de la familia y la clase social. Además, estos aspectos se solapan en buena medida, puesto que la población castellanohablante en Cataluña remite principalmente, aunque no únicamente, al millón y medio de trabajadores inmigrantes procedentes de otras partes de España que se instalaron en Catalunya en el tercer tercio del siglo XX, además de buena parte de sus descendientes.

Ateniéndonos a la cuestión lingüística, que ha sido históricamente el principal criterio definitorio de la catalanidad, según el Centre d'Estudis d'Opinió (CEO 2009-2018), el crecimiento exponencial del apoyo a la independencia que se da a partir de 2011 se concentra principalmente entre quienes dicen tener el catalán como lengua habitual y, en menor medida, entre quienes se declaran bilingües practicantes, mientras que la preferencia por la independencia entre quienes se identifican como castellanohablantes habituales apenas aumenta. La diferencia en el apoyo a la independencia de Catalunya entre los primeros y estos últimos pasa de ser tres veces superior antes del *procés* a ser entre seis y siete veces superior en los últimos años.

Como bien muestra Lepič (2017), el proceso sostenido de “nacionalización” (uniformización socioterritorial) del comportamiento electoral que se venía produciendo en Catalunya desde los años 80, se revierte a partir de 2012. Sin embargo, la fragmentación étnica es una idea ampliamente repudiada en Catalunya, no forma parte de la idea que la sociedad catalana, probablemente en su gran mayoría, se hace de sí misma. Y sin embargo, el “origen” cotiza alto en el análisis político del cuerpo social (y electoral). Por ejemplo, el Baròmetre d'Opinió Política del Centre d'Estudis d'Opinió, órgano dependiente del gobierno catalán, ha ido introduciendo en estos años diferentes preguntas sobre los orígenes de las personas entrevistadas, como la comunidad autónoma donde nacieron los padres o el número de abuelos nacidos fuera de Catalunya, lo que permite por primera vez explorar el pensamiento político de la *tercera generación*, ahondando así en la significación política de los orígenes.

Este artículo trata sobre el tránsito de la invisibilidad a la visibilidad de la distinción étnica entre castellanohablantes y catalanohablantes en Catalunya, sin entrar a analizar aquí las fronteras étnicas ligadas a la inmigración extranjera, que en todo caso han sido bastante menos afectadas por el conflicto político. En la primera sección considero la cuestión de la *indistinció* étnica en la teoría de la asimilación, señalando que más que

considerarla como el resultado natural de la conjunción de las diferentes dimensiones de la asimilación (movilidad social, aculturación, mixticidad, etc.) debería ser analizada como una dimensión relativamente autónoma. Creo que el caso de las migraciones españolas en Catalunya es especialmente adecuado para revisar esta dimensión de la teoría de la asimilación, lo cual también constituye un alegato, tal como reclaman King y Skeldon (2010) o Glick Schiller y Salazar (2013), a favor de integrar “migraciones internas” y “migraciones internacionales” en un mismo diálogo teórico.

Me pregunto hasta qué punto la indistinción étnica entre catalanohablantes y castellanohablantes que se completó en torno a 1992 respondió, más que a una problemática disolución de los primeros en el *mainstream* catalán, a una prescripción normativa acordada por los principales actores sociales y políticos durante las últimas décadas en Catalunya. En la segunda sección me planteo trazar la genealogía de este consenso hegemónico en los ámbitos de la política y de las ciencias sociales.

El proceso independentista parece amenazar este consenso, en primer lugar, porque, como se ha dicho, el conflicto político se ha estructurado hasta ahora sobre unas bases étnicas difíciles de obviar, pero también, y esto es menos obvio, porque la estrategia del movimiento independentista hacia los castellanohablantes de clase obrera ha implicado un reconocimiento étnico con pocos precedentes en la política catalana. La tercera sección aborda la actuación de Súmate, una asociación promovida por el independentismo para dirigirse a este sector de la población. El análisis se basa en el “discurso público” de Súmate, los mensajes y la performatividad desplegada en las intervenciones públicas, ya sea en mítines en barrios obreros y entrevistas concedidas en medios de comunicación, así como las opiniones de otros actores que ha suscitado en medios y redes sociales.

Si hablo de reconocimiento “étnico” es en el sentido weberiano de convertir la “creencia subjetiva en una procedencia común” en el criterio de pertenencia a un determinado colectivo (Weber 1984:318). El *origen* común como autocomprensión de un colectivo es lo definitorio de Súmate, que además intenta construir una legitimación específica del proyecto independentista apelando a los orígenes migratorios.

El problema de la indistinción étnica

Como señala Favel (2003:4), en todos los países europeos el término “integración” ha proporcionado “el marco privilegiado para analizar las políticas postinmigratorias”. Esto es así también en Catalunya, pionera en Europa, según Gil (2010), en sustituir el antipático término “asimilación” por el aparentemente más aperturista “integración”. Aun así, me parece más adecuado enmarcar la discusión dentro del paradigma de la asimilación. Después de todo, es bastante poco claro qué significa exactamente “integración”. En cambio, la “asimilación” tiene un significado más preciso, ya sea en su uso social corriente, como ha mostrado recientemente Antonish (2012) en el caso de los operadores políticos de varios países europeos, que conciben la asimilación como un proceso de adaptación unidireccional de las minorías a la “cultura nacional”, o en la versión académica más influyente actualmente de Alba y Nee (2003), entendida como “el declive de la distinción étnica y por consiguiente de las diferencias sociales y culturales”. Creo que el modelo de acomodación de la inmigración peninsular en Catalunya ha sido asimilacionista en este doble sentido de “catalanización” e indiferenciación étnica, pero lo ha sido más en este último sentido. Antes de entrar en el problema de la indiferenciación étnica, que es central en mi argumento, voy a introducir cómo se ha planteado a nivel programático, un “modelo catalán” que comporta unos implícitos unidireccionales y jerárquicos.

Como señala Conversi (1997: 194), toda una tradición intelectual y política ha estado permeada por la idea de que la sociedad catalana presenta una tendencia histórica “integradora” casi primordial, y al mismo tiempo por una preocupación por el delicado estado de una lengua minorizada que todavía se ve amenazada. El reto ha sido cómo integrar las aportaciones demográficas foráneas dando continuidad a una tradición cultural/nacional preexistente.

A finales de los años 90, el gobierno catalán acuñó el término “modelo catalán de integración” que establecía una línea de continuidad entre la incorporación de los inmigrantes procedentes del resto de España durante el siglo XX y del resto del mundo posteriormente. Este modelo se definió en primer lugar por una triple negación. No era un modelo “asimilacionista”, pues éste no valora las aportaciones del inmigrante. Menos todavía era un modelo “multicultural” porque éste impide la constitución de una sola nación cultural. Y tampoco consistía en una “hibridación” o *melting-pot* (un *aiguabarreig* que decía Pujol) pues esto da lugar a algo amorfo y descaracterizado. ¿En qué consistía entonces el modelo de integración catalán? Más que mediante una definición positiva de sus rasgos esenciales, el modelo se ha ido definiendo a través de metáforas, entre las cuales la más utilizada ha sido la del tronco y las ramas injertadas. El tronco central de Catalunya es el núcleo duro, que no es otro que la cultura catalana enraizada en una historia milenaria, representada por encima de todo por la lengua catalana. Los inmigrados eran como ramas que se injertaban en este tronco central, aportando sabia nueva y formando una “simbiosis” de la que surgía una sola planta, *un sol poble*, con una forma precisa y reconocible, continuadora de la catalanidad histórica, aunque tal vez aderezada con algún detalle menor e inespecífico.

Esta metáfora formulada por primera vez, según mi conocimiento, por Jordi Pujol (1980: 220), presidente de la Generalitat entre 1980 y 2003, seguiría siendo empleada décadas después por diversos líderes políticos, como Artur Mas (presidente entre 2010 y 2016) quien señalaba que *quan demanem els instruments per salvaguardar la llengua pròpia, el tronc cultural comú, la identitat de referència, ho fem també perquè forma part del nostre model de cohesió social* (en Fernández et al. 2009:87). La metáfora de las ramas que se injertan en el tronco central no exige la total disolución del inmigrado, puede preservar algo de su diferencia siempre que acepte su subordinación y dependencia jerárquica respecto a la corriente dominante. La idea es que la “cohesión social” debe vertebrarse en torno a una cultura definida, fuerte, estructurada y preexistente (la nativa), que hay que cuidar y fortalecer incluso también para ofrecer algo tangible a lo que el foráneo pueda “integrarse”. En suma, la concepción de la “integración”, remitía en la práctica a un proceso de adaptación fundamentalmente unilateral de los migrantes, razón por la cual algunos observadores encuentran que, así entendida, la integración es difícil de diferenciar del asimilacionismo (Candel 1985, Shafir 1995, Miley 2007, Domingo 2014).

Ha sido en Estados Unidos y Francia donde más se ha desarrollado una reflexión teórica sobre la asimilación. Para Gordon (1964) la principal “ideología de la asimilación” en los Estados Unidos era la noción de “*angloconformity*”: un proceso unidireccional que conducía inevitablemente a la “total absorción” de la minoría inmigrante por el “núcleo” cultural de la sociedad nacional mayoritaria que se cree en lo sustancial inalterada por esta absorción, aunque acepte “modificaciones menores”. La principal contribución de Gordon al análisis de la asimilación fue descomponer el proceso en múltiples dimensiones (cultural, social, económica, identitaria, relacional, etc.) que se retroalimentaban solo parcialmente. Así, lo que él veía como una aculturación masiva de los descendientes de los inmigrantes europeos a la cultura anglosajona dominante coexistía con la continuidad de grupos primarios marcados por clase y etnia (*ethclasses*) que formaban “subsociedades” relativamente segregadas.

Posteriormente, se han propuesto diferentes visiones de la asimilación. La perspectiva que más nos interesa aquí es la *New Assimilation Theory* de Alba y Nee (2003), según la cual no solo la minoría se transforma sino también lo hace la definición de lo que constituye el propio *mainstream*. Alba and Nee señalan que la asimilación puede resultar tanto de un proceso de *boundary crossing*, en el que algunos individuos minoritarios adoptan las pautas mayoritarias sin que desaparezca la frontera étnica, como de un proceso de *boundary blurring*, en el que la propia frontera étnica va perdiendo paulatinamente relevancia social, adoptándose como parte del *mainstream* manifestaciones culturales que antaño se consideraban ajenas al mismo.

En cualquier caso, en el planteamiento de Alba y Nee, el resultado de la asimilación es la disminución de las “distinciones étnicas”. Sostengo que el problema de la indiferenciación étnica aunque puede (y suele) ser el resultado de los diferentes procesos de asimilación, constituye un elemento conceptual y empíricamente diferente.

En el caso catalán, varios observadores han señalado que diferenciar entre castellanohablantes y catalanohablantes en el discurso público es un “tabú” (Llobera 1990: 30, Pujolar y González 2013: 139), lo cual sugiere que la indistinción étnica no es un simple reflejo de la realidad, sino algo más parecido a lo que Simon (2008: 8), para el caso de Francia, denomina *ethnic blindness policy*. Lo que nos lleva a considerar el papel de la política institucional en los procesos de asimilación.

Mientras que la Nueva Teoría de la Asimilación y los autores norteamericanos en general tienden a hablar de asimilación como un proceso social relativamente autónomo de la política asimilacionista, una perspectiva más institucionalista de la asimilación, más arraigada en Europa, señala cómo los procesos de asimilación se producen en un marco de relaciones de poder desiguales, y cómo las instituciones proporcionan incentivos para trazar ciertos tipos de fronteras en vez de otras (Noiriel 2006[1988], Koopmans *et al* 2005, Miley 2007, Wimmer 2013, Antonsich 2012, Bertaux 2016).

Un motivo adicional para considerar la “indistinción étnica” como un problema específico y autónomo de la asimilación es que la relación entre ambas es en muchos casos paradójica. En el caso francés varios autores han descrito cómo el asimilacionismo ha impedido analizar si la asimilación (por ejemplo, la movilidad social) realmente se está produciendo porque tal cosa implicaría leer (y recrear) el cuerpo social en clave étnica. Este fue el problema que de manera pionera Gérard Noiriel (2006[1988]) abordó en Francia, donde la “tradicción asimilacionista” había contribuido a borrar de la memoria colectiva los aportes migratorios de la sociedad francesa. Al mismo tiempo, se daba por hecho que los descendientes de los inmigrantes europeos en Francia se habían asimilado pero sin embargo “toda interrogación sobre esto se convertía en un tabú para los investigadores” (2006:231). Paradójicamente, el proceso de asimilación no podía ser evaluado precisamente porque la ideología asimilacionista, convertida desde la Tercera República en una auténtica política de Estado, prohibía distinguir oficialmente a la población de acuerdo con características etnoculturales. Según Simon, “se asumió que un principio político equivalía a un hecho sociológico” (2008:8). Como señala Bertaux (2016), desde los años 90 aumentan los sectores antirracistas que reclaman que las estadísticas oficiales incorporen el lugar de nacimiento de padres y abuelos para calibrar formas de desigualdad condicionadas por los orígenes familiares. Surge así lo que Bertaux llama la “paradoja francesa de la asimilación”: “solo violando el precepto de la indistinción racial en el ámbito de las estadísticas oficiales puede *medirse* la asimilación” (2016:3).

En la siguiente sección veremos cómo en el caso catalán, al igual que en el francés, el asimilacionismo ha impedido evaluar la asimilación, en particular la movilidad social, pero esta política de *ethnicity-blindness* remite, en el caso de Catalunya, a una genealogía específica. Además, como veremos en la tercera sección, la estrategia independentista con

respecto a la población castellanohablante plantea una paradoja similar a la que presenta Bertaux: para atraer a los castellanohablantes de clase obrera el proyecto independentista ha transgredido el tabú de la distinción étnica sobre el que se había erigido el mito de *un sol poble*.

La producción de la indiferencia

Hasta hace poco, la etnicidad de los castellanohablantes en Cataluña parecía enfilarse su ocaso fruto del proceso de aculturación, movilidad social o hibridación sociocultural. Sin embargo, todo esto ha convivido con procesos contrarios de segregación, monolingüismos y reproducción de clase. Pero esta botella se ha preferido ver medio llena o llena del todo, dando como resultado la indistinción étnica en el debate público. Ésta ha sido una co-producción de múltiples actores: las principales formaciones políticas y sociales que forjaron una hegemonía sobre el catalanismo ‘cívico’, las ciencias sociales locales, que eludieron hacerse preguntas sobre este tema tan pronto apareció en el horizonte la inmigración extranjera, y la propia gente corriente de uno u otro origen que encontró cada uno su propio interés en pasar página sobre las “viejas” divisiones sociales. Tal vez, más que de una “hegemonía”, que evoca la subordinación de grupos dominados que internalizan pasivamente los discursos dominantes, de lo que deberíamos hablar aquí es de lo que Andreas Wimmer llama un “compromiso cultural”: “un consenso tácito de grupos con recursos desiguales cuyos intereses les conducen a compartir unas mismas estrategias clasificatorias”¹ (2013: 98). En esta sección me voy a limitar a analizar brevemente el curso de los actores políticos y académicos en la producción de la indistinción étnica.

En los años 80, Catalunya recuperaba las instituciones de autogobierno después de la larga dictadura franquista (1939-1975) y ponía en marcha su propio proyecto de construcción nacional. No teniendo un control sobre la “ciudadanía” jurídica, prerrogativa del Estado español, la pertenencia a la nación catalana se dirimía como un asunto meramente simbólico, sin efectos jurídicos, pero importante en la medida en que el autogobierno se tenía que legitimar en una sociedad donde casi la mitad de la población había nacido en otras provincias de España. En este contexto, las dos principales fuerzas políticas del momento, los nacionalistas conservadores y el obrerismo izquierdista, forjaron un amplio consenso en torno a la definición de la catalanidad, que aun con (o gracias a) muchas dosis de ambigüedad, ha durado hasta ahora.

Si para el nacionalismo catalán conservador anterior a la guerra civil la identidad nacional descansaba básicamente sobre la consanguineidad y sobretudo la lengua, hacia finales del Franquismo se fue abriendo paso una visión más ambivalente de la catalanidad. Sin duda, la figura más importante de este cambio fue Jordi Pujol (1976), quien adoptó una visión “cívica” de la catalanidad, expresada en la fórmula que hasta hoy ha definido formalmente la identidad catalana: “es catalán todo el que viva y trabaje en Cataluña, y quiera serlo”. No obstante, para Pujol y gran parte del catalanismo, la catalanidad “cívica” era un compás de espera hacia la “catalanidad plena”, que se manifestaba especialmente en el uso de la lengua catalana (Gil 2010).

Por su parte, la *intelligentsia* del movimiento obrero no sólo evitó una lectura etnicista de la lucha de clases, sino que asumió las reivindicaciones catalanistas en materia de autogobierno, lengua e identidad nacional (Conversi 1997, Shafir 1997). La figura más influyente por este lado fue Paco Candel cuya primera versión de *Els altres*

¹ Gérard Noirel planteaba esta misma idea sobre el silencio sobre el pasado migratorio de Francia que compartían tanto los franceses *de souche* como los inmigrados: “Es como si un pacto tácito se hubiese firmado donde cada uno ha encontrado su propio beneficio” (2006[1988]: 238).

catalans causó una honda impresión en el propio Pujol. Desde entonces, la idea de que todos los residentes en Catalunya, independientemente de su origen, lengua (y clase), formaban *un sol poble*, continúa siendo ampliamente aceptada por los movimientos izquierdistas.

Esta concepción de la catalanidad, prácticamente como un *ius domicili*, genera un amplio consenso político, un acuerdo básico sobre cuáles son los términos legítimos e ilegítimos para expresar demandas políticas. Cualquier referencia a la existencia de diferentes “comunidades” lingüísticas ha estado desterrada del debate político en Catalunya durante los últimos 30 años. No es el caso de muchos observadores en el resto de España que, por ejemplo, se siguen refiriendo a los castellanohablantes independentistas como una especie de fenómeno contra natura. Por supuesto, en Catalunya ha habido posturas que han disentido del consenso referido, pero éstas han sido minoritarias y menguantes. Por ejemplo, si la crítica a la política lingüística catalana durante los 80 y 90 había suscitado algunos manifiestos de intelectuales que protestaban por los derechos conculcados de una “comunidad castellanohablante”, en los últimos años la crítica a la política lingüística por parte de los partidos de la derecha españolista más que apelar a una comunidad castellanohablante ha aludido o bien al derecho individual de elección lingüística, frente al “intervencionismo” del gobierno catalán (Pujolar 2007) o bien a lo que Woolard (2016) denomina “ideología del anonimato” según la cual el castellano sería un vehículo neutral de comunicación, que no es de nadie (“la lengua de todos”), mientras que el catalán es concebido según la “ideología de la autenticidad”, propio de una comunidad particular. Estos argumentos pueden ser falaces, pero no constituyen un argumentario étnico (en todo caso, el étnico es el “otro”, pero esta práctica de heteroetnización está ampliamente extendida). Uno de los pocos actores políticos relevantes que ha aludido a divisorias étnicas en el interior de Catalunya en tiempos recientes fue el madrileño Pablo Iglesias en un mitin electoral en Rubí en 2015, en el que pedía el voto de quienes “no se avergüenzan de tener abuelos andaluces y extremeños”. Las muchas críticas recibidas (acusándole de “etnicista”) y las casi inexistentes defensas muestran a las claras cuán ajeno (y convulso) es este tipo de planteamientos a la cultura política catalana. Más avezada, la líder “unionista” Inés Arrimadas, señalaba todavía en abril de 2017 que en Catalunya no se había sentido discriminada por ser andaluza de nacimiento (Ara, 29 de abril de 2017)². Sin embargo, como muestran Fernández et al. (2009:30), desde la Transición no ha habido una sola contienda electoral donde no haya habido acusaciones cruzadas de poner en peligro la “convivencia”, la “cohesión social” o la idea de *un sol poble*, pero las crisis eran rápidamente exorcizadas por un “auténtico síndrome de la unidad”.

Con todo, la catalanidad cívica ha convivido sin aparente contradicción con la construcción de una hegemonía cultural nacionalista con una clara impronta étnica, ya sea en las políticas culturales, como ilustra el análisis de van Geert (2014:37) sobre la “orientación étnica” de la política museística³, o en la política lingüística, donde la consideración legal del catalán como “lengua propia” fundamenta su “preeminencia” pública (Woolard 1989:94) en su carácter nativo, autóctono. Con todo, la ambigüedad entre elementos cívicos y étnicos no constituye ningún excepcionalismo catalán. Como ha sido notado muchas veces, todo nacionalismo “cívico” convive en mayor o menor medida con elementos étnicos.

² Esto fue antes que la expresidenta del Parlamento catalán, Núria de Gispert, le invitara en dos ocasiones diferentes, vía twitter, a volverse a Andalucía.

³ El contraejemplo sería la subvención a las expresiones del folklore andaluz, pero éstas (que durante décadas no figuraron como políticas culturales, sino como políticas “sociales”) funcionaban básicamente como una forma de clientelismo político (Fernández et al 2005), un espacio político periférico que en ningún caso amenazaba la definición hegemónica de lo que constituía la “cultura catalana”.

Por otro lado, el proyecto de hegemonía cultural catalanista a nivel regional cohabitaba con la hegemonía cultural castellana a escala estatal (expresada especialmente a través de los medios de comunicación con sede en Madrid), lo que unido a la persistencia de una significativa segregación residencial y segmentación laboral hacía posible que amplias capas de las clases trabajadoras metropolitanas vivieran en castellano, con poca interacción con la hegemonía cultural catalana.

Por su parte, las ciencias sociales locales han sido un actor relevante en la forja del compromiso cultural sobre la indistinción. A partir de 1992 la cuestión de la inmigración española desaparece del radar de las ciencias sociales, lo que contrasta con lo que había sido la tónica en la década anterior. Por ejemplo, en los años 80, así veía la sociedad catalana la antropóloga norteamericana Susan DiGiacomo (1985: XI9):

The most salient--and the most politically troublesome--aspect of contemporary Catalan society is its division into two main groups: the largely Catalan middle class and the largely non-Catalan, Castilian-speaking working class, which defines itself as "Spanish" and is defined by ethnic Catalans as "immigrant".

La fragmentación socioétnica de la sociedad catalana no era una observación extravagante de DiGiacomo, sino que era un comentario común en la literatura sociológica catalana de los años 80, donde por ejemplo eran habituales los tropos del "ghetto" de inmigrantes y la "muralla" que les separaba de la "ciudad" (véase Aramburu 2016: 142).

En los años 80 hacía una década que había parado la gran corriente migratoria peninsular, pero estos inmigrantes estaban siendo especialmente afectados por la reestructuración industrial. En su gran mayoría, vivían en barrios periféricos segregados donde no solo estaban severamente discriminados en los servicios y las infraestructuras urbanas, sino separados de los signos de autorreconocimiento de la ciudad y de la nación catalana. Estando la movilidad social amenazada, también lo estaba el proceso de "catalanización", cuestión que ocupaba y preocupaba a numerosos estudios de la época (véase Domingo 2014).

Este escenario cambiaría radicalmente una década después. En los años 90, superada la crisis económica de la década anterior y con el autogobierno catalán más asentado, se extendía la sensación de que la movilidad social ascendente de la inmigración peninsular era un hecho generalizado. Asimismo, la alterización despectiva del castellanohablante de clase obrera, expresada en el uso de términos como *xarnegos*, *castellans*, *patxecs*, etc., fue cayendo paulatinamente en desuso, al tiempo que por parte de los inmigrados y sobretodo de sus hijos, la movilidad social estimulaba una voluntad de identificación con los nativos. A principios del nuevo siglo, los pocos autores locales que se molestan en escribir sobre el asunto lo hacen para certificar la asimilación de los antiguos charnegos, como evidencian títulos como *The passing of the xarnego-immigrant* (Vilarós 2003) o *El ascensor. Charnegos al poder* (Farràs y Cullell 2009).

El relato de la movilidad social de los inmigrantes peninsulares y sus descendientes refleja, en primer lugar, una reducción de las desigualdades de renta a partir de finales de los años 80 debido tanto a la mejora del mercado laboral como a la progresiva implantación del Estado del Bienestar, convergencia de rentas que en cualquier caso tendrá un abrupto retroceso a partir del 2008 (Nel-lo y López 2016:132). Pero una cosa es constatar la movilidad social de amplias capas de las clases trabajadoras de origen campesino y otra responder a la pregunta que formulan Alba y Nee (1997:836): "¿hasta qué punto ha perdido relevancia una distinción étnica para explicar los logros socioeconómicos?" No es mucho lo que se puede decir sobre esto con datos "objetivos".

Desde los años 90, ha habido muy pocos estudios que relacionen la movilidad social con los usos lingüísticos o los orígenes migratorios. En parte ello se debe a la pérdida del interés por el análisis de clase, como ha ocurrido también en otras latitudes. El neoliberalismo, como ideología que promueve la indiferencia ante las diferencias de clase también puede ser un buen compañero de viaje del asimilacionismo, como ideología de la indiferenciación étnica.

Uno de los pocos estudios que tienen en cuenta los usos lingüísticos con relación a la estratificación social en Catalunya es el de Marina Subirats (2010:187) quien señala que “la lengua [habitual] se presenta en la Región Metropolitana como un indicador de una mayor probabilidad de pertenencia a una u otra clase”. Además, entre la “clase trabajadora autóctona” (nacida en Catalunya) ha disminuido la proporción de quienes tienen el catalán como lengua habitual (cf, 313). En cualquier caso, no es frecuente considerar la lengua como un factor relevante en los ya de por sí escasos estudios sobre estratificación social en Catalunya, lo que dificulta el reconocimiento público de connotaciones étnicas en las divisiones de clase, más allá de las referidas a las migraciones poscoloniales.

A partir de los años 90, mientras que el complejo encaje de los inmigrantes españoles y sus descendientes en la estructura social, cultural y política catalana sigue concitando el interés de investigadores extranjeros, las ciencias sociales locales (a excepción de la sociolingüística) parecen perder todo interés por esta cuestión.

El propio término “inmigrante”, que en los años 80 todavía designaba a quien procedía de otras partes de España, en los años 90 sólo se aplica ya a los inmigrantes no-europeos, los cuales monopolizan todo el interés académico local, gracias también a la multiplicación de incentivos institucionales para investigar la “integración” de los migrantes internacionales. Además, la emergencia de la inmigración extranjera en el debate público tuvo un efecto extraordinario sobre las identidades sociales. La frontera de la alteridad se desplazó, produciendo un exitoso *boundary shifting*. Una frontera que ya no separaba en primer término, como había ocurrido hasta entonces, a “catalanes” y “castellanos”, sino a “autóctonos” (incluidos los inmigrantes españoles) de los “inmigrantes” (no europeos). Al mismo tiempo, el marco “intercultural” que se acabó imponiendo para pensar la acomodación de la inmigración extranjera (Palomera y Aramburu 2012, Bueno y Domingo 2016) hace que la “integración” se vea, al menos a nivel retórico, como producto de un proceso de diálogo y negociación, lo que, en comparación con la migración peninsular, ha favorecido un mayor grado de reconocimiento y también de autoreconocimiento⁴.

La paradoja de Súmate

Desde 2012 los llamamientos a los catalanes “vengan de donde vengan y hablen la lengua que hablen” han sido una constante en las arengas de los dirigentes independentistas, apuntando a un mayor grado de reconocimiento de la diversidad de la sociedad catalana de lo que era habitual en el discurso oficial. Además, se dejan en segundo plano los postulados del nacionalismo cultural clásico, que reclamaba un Estado propio como instrumento para preservar la lengua y la cultura catalanas minorizadas por el Estado español. Ahora la autodeterminación pasa a enmarcarse como un derecho democrático básico (“derecho a decidir”) y la independencia como

⁴ Domingo (2014:303) llama “silencio sobre los orígenes” a la escasez de autobiografías escritas por inmigrantes españoles, lo que contrasta con la proliferación de relatos autobiográficos escritos por inmigrantes extranjeros en Cataluña (doce entre 2004 y 2013).

mejora de las condiciones materiales de vida de todos los catalanes. Todos estos son elementos que buscan atraer a sectores sociales alejados de los parámetros en que se movía el independentismo clásico. Pero seguramente el intento más disruptivo de atraer al público castellano hablante al *procés* ha sido la promoción de una serie de mediadores étnicos que han elaborado un mensaje diferencial para su *target*. En 2013 se crea la asociación Súmate que ha ido difundiendo la buena nueva independentista a través de docenas de pequeños actos locales en barrios obreros castellano hablantes, y en cuya significación nos vamos a centrar en esta sección.

La fuerte apuesta que el independentismo hace por proyectar públicamente este nuevo actor político (los castellano hablantes independentistas) se plasma en el salto de los principales líderes de Súmate a los primeros puestos de las candidaturas independentistas en diferentes contiendas electorales. Entre estos líderes destaca Gabriel Rufián, convertido actualmente en toda una estrella mediática. Cuando Esquerra Republicana de Catalunya lo presentó como número 1 de las elecciones generales en 2015, en ese momento un total desconocido para el gran público, publicitaba como principal mérito el hecho de tener abuelos andaluces y haber nacido en Santa Coloma de Gramanet (una ciudad asociada a la inmigración peninsular). Además, Rufián, escolarizado en catalán, *solo* hablaba castellano en sus intervenciones públicas, incluso en las tertulias de la televisión pública catalana. Solo después de las elecciones aparecería en público hablando en catalán. Esto subvertía la etiqueta lingüística dominante según la cual lo correcto es hablar catalán en los actos públicos. ERC, cuyos diputados abandonaban el Parlament tiempo atrás cuando algún diputado españolista intervenía en castellano en los plenos, proponía ahora como cabeza de cartel un candidato que, sabiendo catalán, utilizaba el castellano como lengua pública preferente.

Hasta la emergencia de Súmate, el perfil tradicional del independentista de origen inmigrante normalmente era el del *boundary-crosser*, que intentaba camuflarse entre los nativos minimizando en lo posible la impronta de sus orígenes foráneos. Por el contrario, Súmate se expresa exclusivamente en castellano e incluso sus líderes, a diferencia de una estrategia bastante extendida de catalanización de nombres, mantienen sonoros e inequívocos nombres castellanos: Antonio, José, Eduardo, etc. Una de las activistas de Súmate señalaba en una entrevista: “A mi normalmente me llaman Nicol, pero suena francés. Cuando entré en Súmate quise que me llamaran Nicolasa Fernández, el nombre español completo, para que las personas como yo se sintieran identificadas” (en Clotet y Feixas 2014:69).

A decir de sus fundadores, Súmate se crea para ofrecer un modelo con el cual los castellano hablantes atraídos por el independentismo pudieran identificarse y así sentirse más seguros de sí mismos. Visibilizar y legitimar la figura del castellano hablante independentista era el primer objetivo. Y el primer mensaje a transmitir a un público con vínculos familiares y emocionales con otras partes de España era que no había conflicto entre “sentirse español” y querer la independencia de Catalunya. Los primeros carteles que anunciaban los actos de Súmate eran presididos por un corazón donde se entrelazaban las banderas de Cataluña y España y que llevaban por título: “¿Por qué soy español independentista?”. La respuesta que daba Eduardo Reyes, primer presidente de la entidad y posterior diputado, en los actos de Súmate era ponerse de pie con la mano sobre el corazón diciendo que se sentía español, para acto seguido bajar la mano hacia la barriga para señalar que el estómago mandaba sobre el corazón. Y el estómago pedía independencia.



El mensaje independentista de Súmate reniega explícitamente de cualquier apelación a cuestiones culturales e identitarias, y se centra prioritariamente en los beneficios prácticos del proyecto. El marco redistributivo que durante los años más duros de la crisis había conseguido muchas adhesiones para el *procés* ajenas al nacionalismo cultural, a partir de 2014 fue perdiendo centralidad en el discurso de los líderes independentistas. Entretanto, en sus charlas en los barrios obreros, Súmate seguía poniendo el énfasis en el “espolio” fiscal al que estaba sometida Catalunya. En este sentido las palabras de Gabriel Rufián en uno de sus primeros actos públicos en 2014, resultan suficientemente elocuentes:

Nosotros soportamos el 10% [de déficit fiscal]. Y ustedes lo saben mejor que yo... Yo tengo un hijo, y les puedo asegurar que a mí no me pagan la beca de comedor. A todos mis primos de Jaén se la pagan, eh. Y se la pagamos nosotros, todos nosotros... [incluyendo al auditorio con el dedo].

En una entrevista, Eduardo Reyes, primer presidente de Súmate y posterior diputado en el Parlament de Catalunya, explica así cuál era su método de persuasión:

A un barrendero le expliqué de qué manera podría llegar a cobrar más con la independencia, porque parte de sus impuestos no se irían fuera, y los que se quedan revertirían en servicios para los ciudadanos de aquí y para él. Y la verdad es que me miró reflexivo como si hubiera abierto una puertecita nueva en su mente, me sonrió y me dijo que si era así pues él también estaba por la independencia” (En Clotet y Fexas 2014: 60).

En los actos de Súmate por los barrios de clase obrera abundan las intervenciones de personas inmigradas, muchas de origen andaluz, que cuentan experiencias en primera persona sobre cómo en Andalucía se vive muy bien trabajando poco, mientras que en Barcelona la vida es mucho más dura. La idea básica es que Barcelona (más que Catalunya) genera una riqueza que se drena a través de unos sistemas de redistribución injustos.

En los actos públicos que presencié el conflicto de clases en el interior de Catalunya brillaba por su ausencia, y la injusticia distributiva se remitía básicamente a una dialéctica interregional a escala estatal.

Formalmente, el catalanismo de Súmate es lo que se llama un “catalanismo de destino”, es decir un nacionalismo que no intenta legitimarse apelando al pasado, sino a un proyecto de futuro. Este ideario se ha convertido en la posición oficial de ERC y de buena parte del independentismo, y Súmate lo incorpora como su eslogan de presentación: “Súmate. No importa el origen sino el destino”. Sin embargo, Súmate no solo tiene su razón de ser en el origen compartido y a la vez diferencial de su público, sino que ha construido una legitimidad *sui generis* del proyecto independentista basada en el origen, creando una especie de genealogía migratoria del proyecto independentista⁵. En las intervenciones de los activistas de Súmate abundan las analogías pragmáticas entre el proceso independentista y la “valentía” de sus padres y abuelos, que emigraron a una tierra desconocida, dispuestos a “romper” con la situación de penuria en la que vivían y poder garantizar a través de la migración la “prosperidad” para sus familias. El proyecto independentista se presenta como la continuación natural del proyecto migratorio (“un paso más”) visto como una lucha por ganarse el sustento y labrar un porvenir para los descendientes. Esta continuidad es el mensaje explícito de la reciente producción videográfica de Súmate, *El tren* (2017)⁶.

En el discurso de los activistas de Súmate, la garantía segura de una vida próspera es la idea fuerza que anima el apoyo a la independencia. Seguir en España se ve como un regreso a la casilla de salida, a la pobreza pre-migratoria. Como señala Reyes:

[la independencia] es el futuro de nuestros hijos y de nuestros nietos, es el futuro. Sino, vamos a vernos muy mal, vamos a tener que trabajar 15 horas, como yo trabajaba cuando tenía 11 años⁷.

Los personajes recurrentes en el discurso de Súmate en sus actos en los barrios obreros son sus “hijos y nietos”, de quienes se dice que han estudiado carreras universitarias, con gran esfuerzo de la familia, y se encuentran ante la tesitura de tener que (volver) a emigrar para trabajar en otro país. La independencia es el antídoto para que el ciclo migratorio familiar, que parecía cerrado, no tenga que volverse a abrir de nuevo. Como señala Reyes: “nuestros hijos los queremos cenando en casa cada noche, porque para eso tienen un pueblo, una nación, una familia, y no tienen por qué irse”⁸.

En síntesis, en aras a atraer el voto obrero castellanohablante se crea un actor político específico, al que se le da máxima visibilidad pública, se publicita su origen migratorio, el barrio donde se ha criado, se exterioriza públicamente *su* lengua, incluso se exhibe su españolismo sentimental, y además se reactiva la esperanza de la prosperidad para un sector de la población severamente golpeado por la crisis económica y las políticas de austeridad. En suma, el origen migratorio se convierte en parte inherente del mensaje político. El movimiento independentista, paradójicamente, ha vuelto a poner sobre la

⁵ La presentación de Súmate en su página web reza así: “No importa el origen sino el destino. Nos unen también unas vivencias personales compartidas. Muchos de nosotros vinimos hace años a Cataluña, dejando nuestra tierra y el lugar donde nacimos, para trabajar duro y luchar por un futuro mejor. Muchos somos hijos de aquellos que vinieron y echaron aquí raíces. Buscaban una oportunidad y, no sin esfuerzo, consiguieron aquello que en su tierra se les negaba. No fue fácil, pero no podemos permitir que todo ese esfuerzo, de todos, sea en balde. Hoy, como entonces, también se nos niegan oportunidades, y es necesario seguir luchando, entre todos, para no perder lo que hemos logrado. No queremos que nosotros ni nuestros hijos tengamos que volver a irnos porque aquí no hay futuro. Porque aquí sí hay futuro”.

⁶ <http://www.sumate.cat/el-tren/>

⁷ <https://www.youtube.com/watch?v=YSmlwBIAutE>

⁸ https://www.youtube.com/watch?v=AU1wQOaA_U

mesa el “reconocimiento” en la esfera pública del obrero castellanohablante de origen foráneo, después que el consenso hegemónico de los últimos 30 años hubiese decretado la indiferencia política ante tal condición.

Por otro lado, a pesar de ser una entidad constituida expresamente por castellanohablantes, Súmate no ha destacado dentro del independentismo por formular demandas específicas, por ejemplo sobre la política lingüística de la futura república catalana o sobre el papel de la migración en el relato sobre la historia, la cultura o la identidad de Catalunya. En estas materias, Súmate se ha mostrado más cauta que varios líderes políticos independentistas que han defendido públicamente la oficialidad del castellano en la República Catalana o incluso su consideración como “lengua propia”, un título de reconocimiento de autoctonía que de momento solo ostenta la lengua catalana. La aparición de Súmate ha sido disruptiva no tanto por sus propuestas políticas sino por la proyección mediática de sus líderes reivindicando en castellano la independencia de Cataluña entre proclamas de amor a España, una posición que se ha sabido transgresora y a la vez instituyente de una “nueva normalidad”⁹.

Y esto se ha producido con el beneplácito del “estado mayor” independentista, que no ha dudado en agradecer el activismo de Súmate, aunque muchas veces al destacar sus virtudes se acaben reproduciendo viejos clichés sobre los castellanohablantes. Diferentes líderes independentistas han aludido al estilo comunicativo de Súmate asignándoles arraigados estereotipos orientalistas sobre los españoles, destacando la “emocionalidad”, la “fuerza”, el “ímpetu” en su discurso “desenfadado”, “como la gente a la que se dirigen” (en Clotet y Fexas 2014:61-75). Eduardo Reyes hace alarde de este estilo, aduciendo que él habla “el lenguaje de la calle”¹⁰. Pero sin duda es Gabriel Rufián, que también suele enorgullecerse de su estilo “de barrio”, quien más concita el imaginario del rudo *charnego*. Ante las críticas recibidas por su estilo bronco empleado en tweets e intervenciones parlamentarias, Toni Soler salía en defensa de este “noi tan torero”: *ERC necessita de Rufián perquè Rufián no sembla d'ERC*. Soler señala que aunque sus intervenciones a veces *fan envermellar* su tarannà el connecta amb els votants que se senten espanyols i també amb les classes populars metropolitanas, un públic que ni votava ERC ni sabia que existia (Ara 8/4/2017). En algunas redes sociales el reconocimiento de su labor puede expresarse con un lenguaje bastante más crudo¹¹.

Con todo, el carácter relativamente disruptivo de Súmate junto a la multiplicación de mensajes “Castilian friendly” por parte de los líderes independentistas para ganar adhesiones para un proyecto presentado como de empoderamiento cívico donde aparentemente *todo* está por decidir, ha acabado por poner en cuestión la tradicional identificación del independentismo con la defensa de la lengua catalana. Al menos, así lo han entendido algunos actores relevantes del nacionalismo cultural, alarmados porque algunos parecen estar dispuestos a “sacrificar la nación para conseguir el Estado”. En reacción explícita a la relegitimación del castellano como lengua pública, de lo que el fenómeno Súmate seguramente es uno de los principales exponentes, en 2016 un numeroso

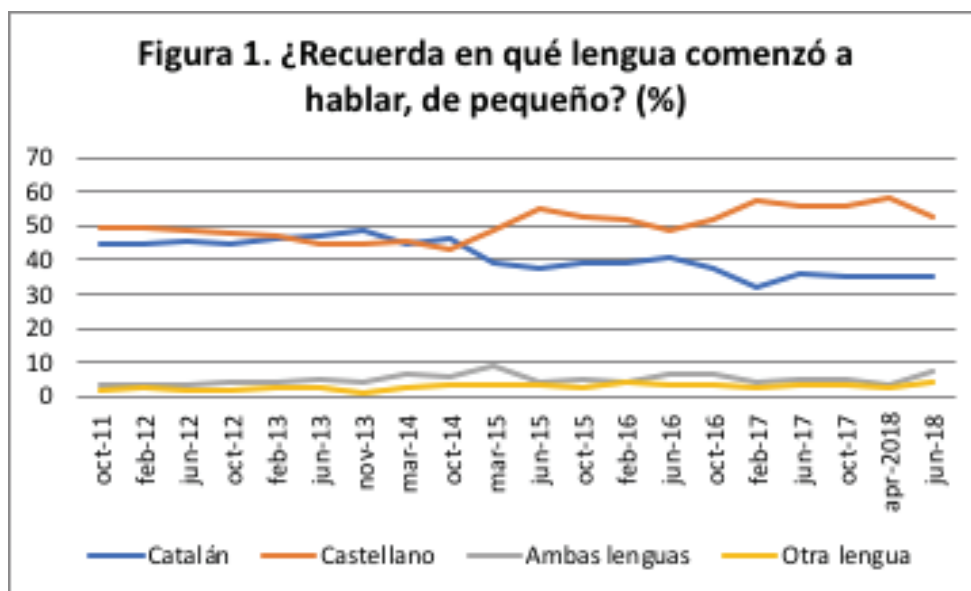
⁹ En respuesta a la periodista Cristina Fallarás, Antonio Baños señalaba: “Eduardo Reyes, el primer *charnego* independentista que habla en la tele es, efectivamente, igual que el primer negro que habló en TV3. Como el primer gay en salir públicamente del armario, como la primera mujer en licenciarse en una universidad. Somos lo mismo. Parte de un futuro que os rompe cómodos esquemas. Desde tu perspectiva somos pintorescos, lo sé. Pero desde la nuestra, el primer negro y Eduardo Reyes no somos lo singular, somos la nueva normalidad, la nueva mayoría”. <http://www.sumate.cat/querida-cris/>

¹⁰ Ver https://www.youtube.com/watch?v=AUIwQOAA_U

¹¹ “En Rufián, quan el veus a la TV, t'adones que parla l'idioma que els castellans entenen: xullesc, provocador i estil frontón” (<https://www.racocatala.cat/forums/fil/197549/lluis-cabrera-loperacio-sumate-ha-estat-greu-error>). “Ens cal més sang i més mala llet. I si ha de venir d'un caní que ens dóna suport, doncs ja va bé” (<https://www.racocatala.cat/forums/fil/212451/ja-tenim-al-nou-rufian>).

grupo de intelectuales firman el manifiesto Koiné en contra del bilingüismo existente y en el que se habla de la inmigración española en Cataluña como “colonización lingüística”¹². El *establishment* independentista criticó sin paliativos el manifiesto, repudiando más que su contenido (que también) su “inoportunidad” y falta de sentido estratégico. Con todo, la contundente desautorización del manifiesto Koiné por parte de los principales líderes independentistas contribuyó a reforzar una imagen aperturista del movimiento soberanista. Este proyecto político, antaño asociado a una intensificación del nacionalismo cultural, se abría (tal vez estratégicamente) al reconocimiento del castellano como un patrimonio de Cataluña y de sus habitantes, y no como lengua externa y hostil.

De la relegitimización del castellano durante el *procés* da fe la evolución del Barómetro de Opinión Pública. En los primeros años del *procés* (2011-2013) aumenta el porcentaje de quienes se reconocen como catalanohablantes habituales (30 puntos porcentuales por encima de los castellanohablantes habituales), pero a partir de 2014 comienza a darse la vuelta a esta situación. En los últimos años del *procés*, el porcentaje de encuestados que declara el catalán como lengua habitual ha pasado de 60% a 40%, y quienes dicen que es el castellano pasan de 30% a 45%. Esto no tiene ninguna lógica demográfica (no hay movimientos migratorios reseñables en este momento) ni tampoco lingüística (no hay un retroceso en el uso del catalán). Se trata más bien de un cambio en la autopercepción lingüística de un 15-20% de la población. Esto se ve más claro cuando en la misma encuesta se pregunta sobre la lengua de socialización familiar. Durante la eclosión del *procés* (2012-2013) aumenta el porcentaje de encuestados criados en un hogar catalanohablante, pero a partir de 2014 los hogares de la infancia de las personas encuestadas se van haciendo cada vez más castellanos hasta tomar una ventaja que supera los 20 puntos porcentuales en los últimos barómetros. Es decir, en torno a un 10-15% de los entrevistados que decían haberse criado en catalán se redescubren como castellanohablantes desde la cuna.



Fuente: Elaboración propia a partir del Barómetro d’Opinió Pública, CEO (2009-2018)

¹² <https://www.vilaweb.cat/noticies/un-manifest-alerta-contra-el-bilinguisme-a-la-republica-catalana/>. En una línea similar Carod Rovira (2018) abogaba recientemente por el catalán como única lengua pública de Catalunya : “perquè una llengua guany terreny, una/es altres n’han de perdre. Perquè una avanci, una/unes han de retrocedir, perquè ocupaven un espai que no els corresponia”.

Según esta encuesta, la relegitimación del castellano es una tendencia que afecta básicamente a la Región Metropolitana de Barcelona. No sabemos si estos antiguos catalanohablantes que pasan a reconocerse como castellano hablantes son independentistas estimulados por el efecto demostración de Súmate y el mediático Ruffán o “unionistas” desafectos de la lengua catalana como efecto del conflicto político. Probablemente, se trate de una combinación de ambas cosas, pues a lo largo de las últimas contiendas electorales ha crecido tanto el voto de los catalanohablantes independentistas como el de los partidos más hostiles con el catalanismo (Sánchez y Puente 2017).

Conclusiones

La dimensión más conseguida de la asimilación de los migrantes españoles en Cataluña y sus descendientes, ha sido, más que la aculturación, la movilidad social o la interacción social (aspectos que han corrido una suerte dispar y en gran parte “científicamente” ignota), la eficaz prescripción de la indistinción étnica en la esfera pública. Aquí he analizado el papel que en ello han tenido las grandes formaciones políticas y sociales, que forjaron una hegemonía operativa sobre el catalanismo “cívico”, y las ciencias sociales locales, que eludieron hacerse preguntas sobre este tema (no por casualidad llamado muchas veces “tabú”) tan pronto apareció la inmigración internacional en el horizonte. El caso catalán proporciona argumentos para prestar más atención en la teoría de la asimilación a la producción institucional de la indistinción étnica, viendo qué papel juegan actores concretos en determinados momentos históricos.

El proceso independentista ha creado un escenario sustancialmente nuevo que podría amenazar el consenso sobre la indiferenciación étnica. Si bien la sociología electoral parece contundente a este respecto (Lepic 2017), la gran mayoría de actores políticos y sociales no lee el conflicto sociopolítico en el interior de Catalunya como un conflicto étnico. Con todo, bajo la superficie del conflicto político están operando cambios importantes en cómo la sociedad catalana está siendo reimaginada.

El reciente reconocimiento por parte del independentismo de los castellano hablantes como un colectivo diferenciado encaja mal no solo con la tradición política del catalanismo sino también con la estrategia independentista de reforzar la dialéctica Catalunya-España que a su vez requiere reforzar la ilusión de la homogeneidad de las partes. Además, el uso político de los orígenes foráneos se ha visto legitimado; si se ve con buenos ojos que un actor utilice su pasado migratorio para argumentar su independentismo difícilmente puede criticarse que otros actores hagan lo propio con objetivos políticos opuestos.

Si el reconocimiento étnico de los catalanohablantes por parte del independentismo no ha llamado más la atención (pero véase Cabrera 2015 o El Hachmi 2018) ha sido no solo por una lógica de “el fin justifica los medios”, sino también porque entronca con un proceso anterior de aparente pérdida de importancia de la lengua como criterio de diferenciación social. ¿Qué hay menos étnico que llamar a la gente de una y otra lengua, de todos los orígenes, a compartir un proyecto político común? En cierta manera, se trata de una actualización radical del mito de la nación cívica. La relegitimación del castellano puede indicar que la estrategia asimilacionista tradicional (*boundary-crossing*) puede estar siendo complementada por una de autoafirmación de la propia lengua y de los orígenes migratorios como parte integrante de la catalanidad (*boundary-blurring*). En este caso, como en el de la reivindicación de las estadísticas de la diversidad en Francia para luchar contra la

discriminación (Simon 2008, Berteux 2016), el reconocimiento étnico se utiliza como un instrumento de inclusión, y no implica necesariamente el fin de la asimilación, en el sentido que entiende este concepto la Nueva Teoría de la Asimilación (Alba y Nee 2003), sino su profundización.

Pero la ampliación del *mainstream* en torno a un proyecto político puede suponer también el desplazamiento de la divisoria social (*boundary-shifting*), redefiniéndose en términos políticos, como atestigua la diferenciación creciente entre “catalanes” (“vengan de donde vengan y hablen la lengua que hablen”, pero siempre que (no) tengan ciertas posiciones políticas) y “anticatalanes”, un término que se ha extendido en el fragor del conflicto¹³. A diferencia del “*botifler*” (término que hoy designa a los catalanes étnicos afectos a España y que se usa como sinónimo de “traidor”), el “anticatalán” presenta la huella inequívoca de sus orígenes foráneos; es el “no-integrado”, el “colono” al servicio de un Estado opresor.

En este sentido, la definición cívica de la catalanidad, tal como fue formulada por Pujol en el tardofranquismo (“es catalán todo aquel que vive y trabaja en Catalunya y quiere serlo”), y que en los últimos tiempos había quedado reducida a prácticamente un *Ius domicili*, está siendo crecientemente puesta en cuestión por ciertos sectores del independentismo¹⁴. Según esta versión, la catalanidad se ve condicionada al mérito de (no) tener ciertas posiciones políticas.

En síntesis, el escenario es abierto e incluso confuso. Si, por un lado, el proceso independentista parece amenazar el proyecto asimilacionista en la medida en que incrementa y visibiliza la fragmentación y la movilización política sobre bases que “objetivamente” pueden calificarse de étnicas, por otro lado, las diferentes familias del independentismo compiten por reformular estratégicamente el proyecto asimilacionista de manera que éste puede conducir bien a una ampliación y diversificación étnica del *mainstream* catalán, bien a una contracción del mismo a través de su redefinición política, sin que tampoco pueda descartarse la reemergencia de la vieja frontera lingüística como elemento diacrítico de la catalanidad. Quedan por tanto muchas cosas por decidir.

¹³ De hecho, esta dicotomía probablemente precede el *procés*. En su trabajo de campo de 2007 en un instituto con un alumnado socialmente heterogéneo, Woolard (2016: cap 7) nota que la dicotomía lingüística catalán/castellano que predominaba en las estrategias de clasificación social veinte años antes (Woolard 1989) había sido sustituida en gran parte por una oposición fundamentalmente política entre “catalanes” (independiente de la lengua que usaran) y “españoles” (nacidos en Cataluña desafectos al catalanismo).

¹⁴ Un artículo reciente de Empar Moliner (Ara 25/02/2019) en que cuestiona la definición pujoliana de la catalanidad cívica sugiriendo incorporar el requisito de “*estimar*” el país (algo que por cierto ya incluía el famoso eslogan de Pujol (1976:70), puede ejemplificar la tendencia a la que me refiero no tanto por el contenido del texto, que al fin y al cabo es una opinión, sino sobre todo por el tono de los comentarios abrumadoramente favorables en la web del Ara.

Referencias

- ALBA, Richard, y Victor NEE. 2003. *Remaking the American Mainstream. Assimilation and Contemporary Immigration*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- ANTONSICH, Marco. 2011. "Exploring the Demands of Assimilation among White Ethnic Majorities in Western Europe", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 38(1): 59-76.
- ARAMBURU, Mikel. 2016. "¿Vindicando al charnego?", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 71(1): 129-149.
- BERTAUX, Sandrine. 2016. "Toward the unmaking of the French mainstream: the empirical turn in immigrant assimilation and the making of Frenchness", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 42(9): 1496-1512.
- BUENO, Xiana, DOMINGO, Andreu. 2016. "La gestión de la interculturalidad en tiempos de crisis. El discurso de los técnicos municipales en Cataluña", *Migraciones*, 39: 39-65.
- CABRERA, Lluís. 2015. "Entrevista a Luís Cabrera", de Bel Zaballa, *Vilaweb*, 14 de diciembre de 2015.
- CANDEL, Francesc. 1985. *Els altres Catalans vint anys després*. Barcelona: Edicions 62.
- CAROD-ROVIRA, Josep, 12 de julio de 2018. "Renovar la identitat", *Elcrític.cat*.
- CEO (Centre d'Estudis d'Opinió). 2009-2018. *Barometre d'Opinió Pública*. <http://ceo.gencat.cat/ca/inici/>
- CLOTET, Núria, y Jordi FEIXAS. 2014. *Súmate. Cuando todos contamos*. Barcelona: La Campana.
- CONVERSI, Daniele. 1997. *The Basques, the Catalans and Spain*. Reno: University of Nevada Press.
- DIGIACOMO, Susan. 1985. *The politics of Identity. Nationalism in Catalonia*. PhD diss., University of Massachusetts.
- DOMINGO, Andreu. 2014. *Catalunya al mirall de la immigració*. Barcelona: L'avenç.
- EL HACHMI, Najat 2018. "Més enllà de la xarnegor: Catalanitat és ciutadania", *El crític*, 5 de julio de 2018.
- FARRÀS, Andreu, y CULLELL, Pere. 2009 *El ascensor. Charnegos al poder*. Barcelona, Angle.
- FERNÁNDEZ, Miquel (coord.) 2009. *Fabricar l'Immigrant. Aprofitaments polítics de la immigració a Catalunya 1977-2009*. Lleida: Pagès.
- FERNÁNDEZ, Miquel 2005. "Immigrants per sempre?", en VVAA *Els altres andalusos. La qüestió nacional a Catalunya*. Barcelona, l'Esfera dels llibres.
- GIL, Sandra. 2010. *Las argucias de la integración*. Madrid: Iepala.
- GLICK SCHILLER, Nina, and Noel SALAZAR. 2013. "Regimes of Mobility Across the Globe", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 39(2): 183-200.
- GORDON, Milton. 1964. *Assimilation in American Life: The Role of Race, Religion and National Origins*, New York: Oxford University Press.
- KING, Russel and Ronald SKELDON. 2010. "Mind the Gap!" Integrating Approaches to Internal and International Migration", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 36:10: 1619-1646.

- KOOPMANS, Rudd (2005). *Contested Citizenship. Immigration and Cultural Diversity in Europe*. University of Minnesota Press.
- LEPIČ, Martin. 2017. "Limits to territorial nationalization in election support for an independence-aimed regional nationalism in Catalonia". *Political Geography*, 60: 190–202.
- LLOBERA, Josep. 1990. "Catalan National Identity. The Dialectics of Past and Present", *Critique of Anthropology*, 10(2-3): 11-28.
- NOIRIEL, Gérard. 1988. *Le creuset français: histoire de l'immigration XIXe-XXe siècle*. Paris: Éditions du Seuil.
- PALOMERA, Jaime, y Mikel ARAMBURU. 2012. "From the Intercultural Model to its Actual Implementation in a Spanish Neighborhood", EASA workshop 2012. *Working Papers*, no. 5. http://scholarworks.umass.edu/chess_easa/5
- PUJOL, Jordi. 1980. "Jordi Pujol". En Josep AINAUD et al *Immigració i reconstrucció nacional a Catalunya*. Barcelona: Editorial Blume.
- PUJOL, Jordi 1977. *La immigració: problema i esperança de Catalunya*. Barcelona: Nova Terra.
- PUJOLAR, Joan y Isaac GONZÁLEZ. 2013. "Linguistic "mudes" and the de-ethnicization of Language choice in Catalonia", *International Journal of Bilingual Education and Bilingualism*, 16(2):138-152.
- PUJOLAR, Joan. 2007. "The future of Catalan Language endangerment and nationalist discourses in Catalonia", In Alexandre Duchêne and Monica Heller (Eds.) *Discourses of Endangerment*. London: continuum.
- SANCHEZ, Raul y Arturo PUENTE. 28 de diciembre 2017. "Las elecciones del voto "rufian". Así creció el independentismo en el cinturón obrero de Barcelona". *Eldiario.es*. https://www.eldiario.es/politica/revancha-rufianes-independentismo-cinturon-Barcelona_0_723028101.html
- SHAFIR, Gershon. 1995. *Immigrants and nationalists*. Nueva York: State University of New York Press.
- SIMON, Patrick. 2008. "The Choice of Ignorance. The Debate on Ethnic and Racial Statistic in France", *French Politics, Culture & Society*, 26(1): 7-31.
- van GEERT, Fabien. 2014. "Representations on the history of migrations and cultural diversity in Catalan museums, 1980-2010". En *Museums and Migrations*, editado por Lawrence GOURIÉVIDES, 202-215. London: Routledge.
- VILARÓS, Teresa. 2003 "The passing of the xarnego-immigrant. Pos-nationalism and the ideologies of assimilation in Catalonia". *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 7, 229-246.
- WEBER, Max. (1984[1922]) *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- WIMMER, Andreas. 2013. *Ethnic Boundary Making. Institutions, Power, Networks*. New York: Oxford University Press.
- WOOLARD, Kathryn. 1989. Double Talk. *Bilingualism and the Politics of Ethnicity in Catalonia*. Stanford: Stanford University Press.
- WOOLARD, Kathryn. 2016. *Singular and Plural. Ideologies of Linguistic Authority in 21st Century Catalonia*. New York: Oxford University Press.

© Copyright Mikel Aramburu, 2019
© Copyright *Quaderns-e de l'ICA*, 2019

Fitxa bibliogràfica:

ARAMBURU, Mikel (2019) “Muerte y vida de un reconocimiento étnico. La paradoja de Súmate”, *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 23(2), Barcelona: ICA, pp 61-79 [ISSN 1696-8298].”

